

HISTORIAS DE AQUELLA GUERRA

POR culpa del automóvil, ¡otra más!, estamos perdiendo el tren, Y por culpa de la modernización de los trenes mismos, hemos perdido ya aquellas cerradas, íntimas divisiones donde tres o cuatro viajeros convivían durante unas horas con los tres o cuatro viajeros de enfrente. Sin remedio nos dábamos al diálogo, salvo algún taciturno pronto excluido y hasta reprobado, y era inevitable que después de cuestionar sobre cuál sea mejor, Madrid o Barcelona, y si vale más la catedral de León que la de Burgos, saliese la gran pregunta: ¿Y lo de usted cómo fue, a usted dónde le pilló?

Es naturalmente, julio del 36.

La guerra de España resultó pródiga en sangre, y no menos en tinta de imprenta; tanto que aún puede encontrarse por esos mundos algún librero que vive de esta especialidad obstinada. Pero ello es grano de arena junto a los relatos orales y prolijos de quienes fueron auténticos protagonistas. Historias en los viajes, en los cafés y tabernas, en las antesalas eternas de los dentistas. Y, si se puede, en el propio hogar. Aunque no siempre se puede. -«¡Venga, papá, que ya estás enrollando!»- Y un poco condescendiendo desde la juvenil insolencia: «-En fin abuelo, cuéntanos lo de Teruel.» Porque los chicos son críticos afilados contra sus padres, soportan a sus abuelos, y a veces, esto sí, prestan fervor a los bisabuelos. (Vale para los padres, abuelos y bisabuelos literarios, artísticos, políticos, no sólo para los de la sangre.)

Y qué riqueza, los pequeños sucesos, las curiosidades. Seguramente exageraba el españoleador don Próspero Merimée con su «No me gusta de la historia más que las anécdotas». Pero sí acontece que el cuaderno de las anécdotas es a veces más elocuente que el libro de la Historia mayúscula. La caída de Bizancio ha sido un episodio claro en mi conciencia por la discusión -bizantina, claro- de los teólogos, inquietos sobre el sexo de los ángeles mientras los jenízaros arrollaban las calles a hierro y fuego. Y en el tema de nuestra guerra, que apenas llegué a vivir, ¡cuántas claves se me entregaron luego por una escena, un detalle, el relato fugaz de una situación! Si yo quiero completar en mi pensamiento el drama barcelonés de aquellas fechas, me vale mucho el episodio de los guardias civiles marchando en columna cautelosa por la Vía Layetana, árbitros de una situación enconada en un empate rabioso. De ellos -disciplinados, buenos tiradores- dependía la inclinación de la balanza. ¿Qué harían? ¿Qué dejarían de hacer? La cabeza de la formación llegó bajo el

balcón donde esperaban unas autoridades inquietas. El coronel se puso en posición de firmes, miró hacia arriba y se llevó la mano del saludo al tricornio: «A sus órdenes, señor presidente.» Y para comprender el desaliento agónico de tres años después: ¿Me importará mucho que la presidente de las Cortes republicanas arengara a los diputados en la sesión del castillo de Figueras? ¿O que a aquellas alturas, casi al borde del aniquilamiento total, se informara a la Cámara con formalidad puntillosa sobre la prórroga por treinta días del estado de alarma en el territorio nacional y plazas de soberanía? No, no. El acento exacto de aquel momento en las cuevas inhóspitas lo da el que un diputado al terminar la junta, se arrimó a un rincón y orinó. En boca de tantos testigos, las hazañas personales, los terrores íntimos, incluso las exageraciones infantiles... pueden traer su ganga, la que, si se alcanza a quitar o descubre luces muy puras y esclarecedoras.

Bien. Uno está urdiendo estas reflexiones como eco de la convocatoria de un premio literario, no mal dotado en lo económico, que enfoca esta especialidad. No la ficción, no la novela -que, según profecías, va también a encariñarse con el mismo tramo histórico- sino el preciso género de las memorias. Ya en el acto de proclamación del primer concurso (pues ahora es la segunda llamada) el editor había publicado su intención de continuidad, invitando a las tareas de la pluma a cuantos sepan referir algo propio, personal, sobre aquello. (Aquel, Ila, llo, llos, llas, sirven para señalar una cosa que está lejos a la vez del que habla y de la persona a quien se habla. Saludable, por fin, el distanciamiento.) Y aún le ha puesto al aviso sello de urgencia, calculando, con inevitable y no buscada crudeza, que la cronología no consiente aplazar estos empeños exageradamente...

Teniendo en cuenta que la invitación es para los de uno y otro bando; que sobre el marcado oficio literario podrá estimarse la viveza testimonial; que el español leyente de tres libros quiere por sí mismo confeccionarse el cuarto; considerando que la falta de compartimientos ha deshumanizado los trenes y en casa se está poniendo mal lo de contar historias (pronto, ni los nietos)..., augúrase a los jurados una dura guerra particular. A ver si vale para dejar más clara, y así más irrepetible, aquella guerra de todos.

Antonio PEREIRA